

El Pabellón Cubano

ORGANO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO.

Fundador: *EMILIO ARTAVIA.*

Director: *FRANCISCO CHAVES MILANES*

AÑO III

San José, 7 de Noviembre de 1897.

NUM. 114

CONDICIONES

Saldrá los domingos.
 Suscripción mensual 0 50
 Avisos, precio convencional.
 Este periódico no tiene relaciones directas ni indirectas con la política local.

ADMINISTRACION

J. Pérez Xiques
 Avenida 6ª No. 30 Apartado, 219.

AGENTES

Managua, Fernando Clavijo.

PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Cuerpo de Consejo en Costa Rica.
 Presidente: don Santiago Güell
 Secretario: don Francisco Chaves M.
 Dirección: apartado 363.

CLUBS

establecidos en la Republica para auxiliar la independencia cubana

San José

Club de Sras. Hermanas de María Maceo
 Presidenta: señora María C. de Maceo.
 Secretaria: señorita Teresa Antúnez E.

Club Hermanos Maceo

Presidente: don Santiago Güell.

Secretario: don Gregorio Santisteban

Club General Maceo

Presidente: don Prudencio Odio

Secretario: don Joaquín Vaillant

Club Costarricense José Martí

Presidente honorario: D. Joaquín Alsina

Presidente efectivo: D. Guillermo Obando

Secretario: D. Juan Manuel Rodríguez

Club Obrero, El Pabellón Cubano

Presidente: don Emilio Artavia

Secretario: don Emilio Montes de Oca

Club Infantil Recuerdo a Martí

Presidenta: señorita Julia Pérez

Secretaria: señorita Ana María Moya

San Marcos

Club General Francisco de Miranda

Presidente, don Marcelino Valverde

Secretario don Juan María Esquivel

Desamparados

Club Máximo Gómez

Presidente, don Adolfo de Lemus

Secretario don Carlos Monge

Heredia

Club Herediano el Grito de Yara

Presidente, Lic. don J. Federico González

Secretario, don Nicolás Hidaigo

Alajuela

Club José de la Luz y Caballero

Presidente honorario Tranquilino Chaoán

Presidente D. Eugenio Vargas

Secretario, Lic. D. Juan Pérez Cisneros

Grecia

Club de señoras Agramonte

Presidenta, doña Eulogia R. de Maroto

Secretaria, señorita Adelina Vega

Club Carlos Manuel

Presidente don Pedro Barahona

Secretario don Emilio Serrano

San Ramón

Club Bolívar

Presidente, don Luis Rodríguez

Secretario, don Florentino Lobo

Puntarenas

Club Mariscal Sucre

Presidente don Miguel H. Céspedes

Secretario don U. Fonseca

Nicoya

Club de señoras Cabanas y Nicoyanas

Presidenta: doña Elena v. de Crombet

Sra. Sta. Adriana Loinaz del Castillo.

Club Crombet Borrero

Presidente, don Rafael V. Milanés

Secretario, don Diego Castillo

Cartago

Club Punta Brava

Presidente, D. Alejandro Guzmán

Secretario, don Manuel V. Blanco

Paraiso

Club Maceo Resucitado

Presidente, Presbítero don Juan Garita

Secretario, don Raimundo Solano

Matina

Club Cuba Libre

Presidente, don Pablo Pérez

Secretario, don Edgar P. de Arce

Limon

Club Brigadier Crombet

Presidente, don José Arrazaty

Secretario M. A. Roa.

EL PABELLÓN CUBANO

MAXIMO GOMEZ

En Mayo de 1885 llegaba yo a Nueva York, procedente de la Habana, y mi primer empeño fué avistarme con el General Máximo Gómez, a quien no conocía personalmente y a quien debía entregar el último adiós que para él me había dado en su lecho de muerte José Antonio Cortina seis meses antes. Nuestro común amigo el coronel Miguel Párraga preparó en su casa la entrevista y allí tuve el gusto de estrechar por vez primera esa mano que los separatistas besamos mentalmente, como que á ella vamos debiendo la patria que anhelamos.

La entrevista fué solemne: hablamos mucho del brillante joven cuya brusca desaparición nos tenía consternados todavía y con quien el General había contado en los planes de guerra que entonces combinaba. Y allí pude sorprender una de las principales y más bellas cualidades de Máximo Gómez: su gran sensibilidad. Me pidió que le refiriera la muerte de Cortina, y apenas entré en la relación de aquella larga y dolorosísima agonía, de los golpes tremendos que la naturaleza tuvo que descargar para abatir aquel robusto roble, ví que los ojillos del General, clavados en mí, se humedecieron, y sin que el rostro perdiera su impassibilidad granítica, dos hilos de llanto lo surcaron. ¡Qué efecto el de aquellas lágrimas corriendo sobre una tez curtida por el sol de las batallas!

El General me invitó á almorzar y me llevó á una fondita americana del Park Row, muy limpia y sobretodo muy barata: el gasto allí se contaba por centavos.—Estamos pobres, díjome sonriendo. Y era verdad: pobre estaba y como tal vivía, aunque por su mano pasaban los dineros de la Revolución. ¡Qué impresión me produjo Máximo Gómez?

—Voy á tratar de definirla. En los primeros momentos me costó trabajo convencerme de que tenía delante un militar, y un militar famoso. Ningún esfuerzo en cambio me había cos-

tado imaginar que era un veterano ó un sitiero de Cuba, venido no se á qué á las márgenes del Hudson. La naturalidad del porte, la sencillez del traje, la contención de las maneras, cierto aire de campesino debido tal vez á su llaneza unida á la color tostada de la piel, todo distaba grandemente del tipo, arrogante hasta la ridiculez, del militar español, tan conocido de nosotros. Pero, á poco de fijarme en su rostro y en su modo de ser y expresarse, iba yo observando en él la asociación perfecta de dos hombres distintos: uno, que pudiéramos llamar civil, compuesto de cualidades sólidas aunque no brillantes: la sensatez, la rectitud, la bondad, la sensibilidad, la modestia; y otro, severo, rudo, autoritario, seguramente el militar. Cuando el primer hombre domina, tenemos el Máximo Gómez bonachón y complaciente, amantísimo padre de familia, que escribe cartas que deleitan por la cordura de las ideas, la delicadeza de los sentimientos y la llaneza del estilo: que sabe sonreír y hasta llorar: probo y sobrio hasta la austeridad, generoso y humano hasta el sacrificio de sí mismo en pró del bien ajeno, en aras de los bellos ideales, y agradecido hasta el punto de legar á sus hijos sus deudas de corazón, para que sigan pagándolas á los hijos de sus benefactores. Este es el hombre verdadero, el natural. Cuando le toca dominar al otro, al militar, la transformación es súbita. Como en el terreno de la fuerza hay que ser fuerte, Máximo Gómez, con el poder de su voluntad, hace que el hombre modesto y sensible se repliegue y ceda el puesto al inflexible y autoritario. Entonces la frente se alza, los pardos ojillos se secan y lanzan chispas, los músculos se recogen como para saltar, los labios se contraen bajo el bigote espeso y de ellos parte la voz breve, la voz dura, despótica é irresistible, la voz de mando, la voz de General. ¡Ay del subalterno, del audaz que la desoiga! La disciplina, hecha carne y hueso, lo agarra por el cuello y lo dobla hasta quebrarlo.

Cuanto al hombre que llamé civil es curioso observar la per-

sonalidad un tanto literaria que le presta su sola sinceridad. Máximo Gómez no ha tenido preparación para escribir; su educación escolar, según confiesa él mismo, apenas pasó de la instrucción primaria. Y sin embargo el General, que escribe con bastante complacencia, se hace leer siempre con gusto y á ratos con admiración. De mí sé decir que me atraen sus escritos, por que en ellos veo invariablemente, á través de la poca atildada pero sencilla frase, la imagen serena de un hombre bueno, justo, veraz, afectuoso y algo soñador. Como siente noble y honradamente, por la mera sinceridad de la expresión llega á menudo á la elocuencia.

Pero el aspecto principal de Máximo Gómez, es el militar. Ese hombre, tan bien dotado para la vida íntima del hogar, para el ejercicio modesto de la ciudadanía y para el comercio caritativo y honrado de los hombres, es—¿quién lo creyera?—un militar de primer orden. Su inteligencia posee en alto grado heroico la entereza y el valor, la fé y el entusiasmo, la constancia; facultades—aquéllas y éstas—indispensables para dirigirse y vencer en las luchas de importancia.

Podría afirmarse que Máximo Gómez es el militar más capaz que ha dado la América latina. Sin detenernos en los incontables Generalillos que han revuelto y revuelven las repúblicas latino-americanas, y remontándonos á los grandes días de la guerra de independencia que éstas sostuvieron, cuando los hombres supieron levantarse á la altura de sus empeños heroicos, es incuestionable que ninguno de aquellos conflictos tuvo, ni remotamente, las proporciones colosales de la actual guerra cubana; y es por lo menos dudoso si Bolívar ó San Martín, ó Sucre, hubiera cada uno de ellos podido vencer con su solo talento militar á la España de hoy, á esta España que en territorio asaz reducido de una Isla ha dejado caer la enorme masa de doscientos mil soldados, apoyados por una escuadra de 50 buques, provisto del armamento más temible, manda-

dos por sus cuarenta mejores Generales y atendidos en sus necesidades diarias con la rapidez que permite el vapor y la electricidad. Pues bien, Máximo Gómez, como todo el mundo sabe, ha resistido él solo, como cabeza, la tremenda acometida de esa mole, la ha dividido, la ha dispersado, se ha movido por dentro sus fragmentos con la sultura de un Delfín por entre escollos, burlándose del decantado Máuser, riéndose de los batallones infinitos y sus retumbantes nombres, moviéndose de los hinchados Generales, rompiendo trochas como si fueran de papel, desapareciendo de súbito y por largos espacios para urdir en el misterio un plan, apareciendo bruscamente y asombrando al mundo entero con invasiones temerarias; y así, con su habilidad pasmosa, con su prudencia igual á de los grandes capitanes, con unos puñados de valientes, que sumados apenas si pasan de la décima parte del ejército contrario, y á pesar de oponer la caballería á la vileza enemiga, el perdón á la crueldad y el halago al terror, ha sabido traer á la dura y altanera España al trance mortal en que se encuentra: arruinada, enloquecida, prorrumpiendo aún en bravatas para enardecerse, pero bajando en seguida el tono para implorar misericordia, ofreciendo al rebelde lo que nunca soñó poder conceder á los leales. Si el que esto hace no es un genio militar, que baje Dios y lo diga.

No es Máximo Gómez sin embargo un General aparatoso, de la escuela de aquellos del comienzo del siglo, que se ponían trajes historiados, pronunciaban arengas declamatorias y preparaban golpes teatrales, seducidos por el ejemplo de aquel gran romántico que se llamó Napoleón. Nuestro General pertenece más bien á la escuela silenciosa de los Moltke, cuya modestia es terrible, pues no dejan oír su voz sino en el estallido de sus hechos formidables.

Todo parece indicar que la obra de redención toca á su término. Preciso es, pues, que mantengamos, que exageremos nuestra devoción al Jefe insignificante. Que no haya una voz, una

El whiskey **LEBANON CLUB** es bueno y puro

Instituto Nacional de Higiene